

El mundo de los kami y el Aikido.

Escrito por Alfonso J. Falero (Universidad de Salamanca)

10/08/2004

Texto perteneciente a la conferencia ofrecida por el prof. Alfonso Falero en la Universidad Politécnica de Valencia en 1998.

Buenas tardes, me llamo Alfonso Falero y soy entre otras cosas miembro del Instituto para la Cultura Japonesa y los Clásicos de la Universidad shintoísta Kokugakuin en Tokyo. Antes de comenzar esta charla quiero agradecer a la Universidad Politécnica de Valencia, a la Asociación de Fomento del Aikido y a su presidente Ezequiel Zayas, la oportunidad que me brindan de compartir con ustedes mi entusiasmo por la cultura japonesa y en especial por el mundo de los dioses shintoístas o *kami*. No quiero también dejar de felicitarles por el éxito logrado en establecer contactos con Universidades japonesas, y animarles a continuar la celebración de estas jornadas en sucesivas ediciones. Hacerles saber finalmente que desde Salamanca, Universidad donde imparto actualmente cursos sobre Cultura Japonesa, pueden contar con todo mi apoyo.

Es además tradición en el mundo académico japonés iniciar una conferencia con un gesto de modestia. En honor a esta sana tradición he de confesarles que no tienen delante en absoluto a la persona más indicada para hablarles de Aikido, tema que desconozco profundamente, y si tengo la osadía de discursar sobre este tema, es sólo con la esperanza de que pueda aportarles algunas claves que relacionan a éste con la antigua cultura japonesa de los *kami*, con la convicción de que ustedes podrán juzgar mejor que yo acerca del significado profundo de esta relación.

el mundo de los *kami*

La palabra *kami* se debe escribir con minúscula, a pesar de que nosotros hayamos aprendido que *Dios* se escribe con mayúscula. Pero claro cuando hablamos de dioses, como los dioses del Olimpo, no usamos las mayúsculas. En el fondo no podemos dejar de tener una percepción de valor, y solemos entender que *Dios* con mayúscula tiene más carga axiológica que los dioses del paganismo heleno. A más número menos masa espiritual. Si damos el salto a un panteón extenso como el indio, nos perdemos aún más. Si nos atrevemos a aventurarnos en la selva de dioses del taoísmo popular ya perdemos nuestras coordenadas, y si aún tenemos la osadía de entrar en el mundo de los 8.000.000 de *kami* japoneses, nuestros conceptos caerán en pedazos, estupefactos ante un universo absolutamente mágico y saturado de vida, de energía.

La cifra mencionada de 8.000.000 de *kami* no es una exageración, es una cifra simbólica. Como saben, según las zonas culturales, números como el 7 o el 8 significan la plenitud, y en nuestro caso los libros del shinto nos hablan de un número inconmensurable de *kami*. Pero por si no me creen, les refiero estadísticas. Según alguna de las más recientes, en el anuario estadístico sobre religiones del año 1996, que es una estadística oficial, se cuentan en Japón 183. 606 santuarios shinto registrados. Teniendo en cuenta que más de la mitad de los mismos están dedicados a dioses locales, patronos del lugar, podemos calcular sin necesidad de consultar más cifras el número de *kami* en una cantidad que ronde los 100.000. Por tanto, si no hay 8.000.000, sí hay más de 80.000. Esta cifra por sí misma nos acerca ya a comenzar a entender la naturaleza de los *kami*. El universo del shinto está poblado de *kami*. Y en segundo lugar, la mayoría de éstos son *kamis* terrenales, ligados muy estrechamente a lugares concretos. Un simple paseo por cualquier ciudad o aldea japonesa nos depara un espectáculo reiterado de pequeños santuarios, que casi pasan

desapercibidos, en los que si entramos encontramos pedazos de roca rodeados por las *shimenawa*, las cuerdas sagradas que demarcan al objeto que circundan deparándolo del mundo exterior, y haciéndonos saber que es un *kami* o el lugar escogido por un *kami* para hacerse presente. Junto a estas piedras voluminosas podemos encontrar árboles centenarios, u otros objetos de la naturaleza rodeados por la *shimenawa*, simples espacios separados para la celebración de rituales, o incluso objetos simbólicos como estatuillas de zorros, vetustos espejitos redondos metálicos o incluso falos descomunales. Todos son objetos sagrados que nos hablan de la sacralidad del mundo en que hemos entrado. Pero aún si salimos de estos santuarios y nos damos un paseo por los hermosos campos y montes de la campiña japonesa, no será raro el que nos encontremos de repente con un misterioso *torii* o arco de entrada, generalmente de madera, de los que anuncian infaliblemente la proximidad del santuario, pero sin nada más. Solo al pie de una montaña. Sin rastro de camino alguno que nos oriente a algún objeto o edificio reconocible, sin distinción aparente entre dentro y fuera. Su figura nos producirá un sentimiento de que tenemos cerca una presencia misteriosa e intangible, un *kami*. Quizá no nos damos cuenta de que el *kami* lo estamos pisando. Es la montaña que se yergue solemne ante nuestra desconcertada figura. Tendremos suerte si nos perdona la vida.

Las montañas en Japón aparecen constantemente en la mitología, las leyendas y los cuentos populares como residencia o incluso como corporalidad misma de uno o múltiples *kami*. Abundan historias que nos narran hechos fabulosos acontecidos en ellas. Aventureros insolentes han sido castigados por fuerzas tremendamente poderosas, los *kami*. Pero también son lugar de peregrinación para visitantes en búsqueda de purificación, y han recibido como premio una parte de la energía del *kami* que reside en ellas.

Aikido y misogi

Ueshiba Morihei, como saben fundador del Aikido, es uno de tantos maestros japoneses que desde antiguo entienden las montañas como lugares de purificación. Como él mismo dice,

Santos y sabios han reverenciado siempre la sacralidad del cielo y de la tierra, de las montañas, los ríos, los árboles y las hierbas. Siempre fueron conscientes de las grandes bendiciones de la naturaleza. Comprendieron que el propósito divino respecto a la vida es recrear el mundo continuamente, crear cada día como nuevo. Quien entiende los principios del Aikido estará contento de estar vivo y le dará la bienvenida a cada día con gran gozo.

En la cita que les acabo de leer, del libro de John Stevens *La esencia del Aikido*, quisiera resaltar tres elementos que están relacionados en la conciencia de Ueshiba, y que corresponden a una larga tradición japonesa. En primer lugar, la conciencia de sacralidad de la naturaleza. Este factor no es evidentemente original o exclusivo de la cultura japonesa. En todas las religiones y culturas hay montañas sagradas. Pero en Japón no hay algunas montañas especialmente señaladas como lugares sagrados sino que toda montaña que sobresalga del entorno inmediato por su altura, su profundidad o su forma inusual es del dominio de los *kami*.

En segundo lugar, la necesidad del contacto permanente con esos lugares sagrados porque son la fuente de la vida que nosotros tenemos. En la tradición japonesa autóctona, anterior a la llegada de la cultura continental, al confucianismo y al budismo, que tomó forma en el s. VI con el nombre de shinto o camino de los *kami*, el universo que habitamos no es un universo hecho, acabado. Por el contrario, está en continua creación. Vive como el ser humano por latidos del corazón cósmico o "latidos de creación". Por eso Ueshiba en sus últimos años ponía tanto énfasis en la técnica que él llamaba *chinkon kishin* o "retorno a la divinidad mediante el apaciguamiento del alma". Esta técnica está profundamente enraizada en la cultura de los *kami*, si bien para entender su contexto completo habría que hacer referencia al budismo y su conciencia de unidad última indiferenciada. Stevens nos cuenta que en sus

últimos años Ueshiba practicaba *chinkon kishin* fuera del dojo y antes de cada entrenamiento. El entendía al parecer esta técnica como parte de su filosofía de la purificación de cuerpo exterior, órganos interiores y mente-corazón, que llamaba *misogi* o ablución, término que también pertenece a la tradición shintoísta. La idea de "retorno" y la idea de "purificación" están íntimamente ligadas en el pensamiento de Ueshiba, como lo están en toda la tradición shintoísta. Por ello Ueshiba volvía periódicamente al lugar de retiro, la montaña donde se construyó el Aiki jinja, santuario del Aikido, en Iwama. Allí hacía prácticas de purificación al estilo tradicional, mediante la inmersión en el agua regeneradora de una cascada, otro de los *kami* del shinto, y prácticas de apaciguamiento del alma o meditación. De la vuelta a la naturaleza, sede de los *kami*, obtenía la purificación de las impurezas generadas en el intercambio cotidianos, y recuperaba la energía limpia y pura del *kami* para volver a la práctica habitual.

En tercer lugar quería llamarles la atención sobre el sentido optimista de esta filosofía. Este optimismo no proviene exclusivamente del propio carácter de Ueshiba, como maestro de maestros, sino que también tiene sus raíces en la cultura de los *kami*. La fuente última de éste está en la confianza absoluta en el poder regenerador de la fuente de la vida, del *kami*.

Quizá la diferencia de concepción del *kami* de Ueshiba y los *kami* del shinto esté en el uso del singular o el plural. Ueshiba no me parece claro que concibiera a la divinidad como un *infinitum* de seres, sino que en sus enseñanzas me da la impresión de que estaba más interesado en enfatizar la unidad última de la esencia divina, que la personalidad específica del *kami* del Aikido.

Aikido y Omoto kyo

Si rastreamos la procedencia de la experiencia espiritual de Ueshiba nos encontramos con un hecho sorprendente. Era discípulo de Deguchi Onisaburo (o Wanisaburo), yerno del fundador de una secta religiosa denominada *Omoto kyo* o "religión del gran origen", Deguchi Nao (1836-1918). Onisaburo era un líder religioso original de la prefectura de Kyoto, que recibía el nombre de "santo maestro". Trabajó para afianzar las doctrinas y la estructura de la comunidad religiosa, y en 1935 fue convicto de alta traición y de infracción de la ley de mantenimiento del orden público (aunque resultó inocente de este último cargo), siendo por ello represaliada la secta y su líder encarcelado. Fue puesto en libertad bajo fianza en 1942, y liberado de todos los cargos en 1945. A los tres años de intentar reconstruir la secta murió, dejando una organización dividida en facciones, una de las cuales aún espera su vuelta.

Fue como discípulo de Onisaburo que Ueshiba alcanzó la iluminación, según nos lo cuenta Stevens (Abundant Peace. Shambhala). Tal experiencia le hizo capaz de realizar demostraciones de una destreza y habilidad absolutamente inusuales, incluso dentro de la tradición de los maestros del Budo. Para entender el contexto doctrinal de la iluminación de Ueshiba, tenemos que referirnos a la secta de *Omoto kyo*. Originalmente era una de las 13 sectas que se registraron a principios de la era Meiji (1868-1911), bajo la categoría de sectas shinto, para ser aceptadas como tales por un gobierno que prohibió la libertad de religión *de facto*. El budismo o el cristianismo eran religiones que fueron marginadas, mientras que el shinto-confucianismo se convirtió en la religión del estado, si bien constitucionalmente no era considerada como "religión". La única salida para los nuevos líderes religiosos era declarar sus sectas como pertenecientes a la tradición de los *kami*. Es lo que se llama *shinshukyo* o "nuevas religiones". *Omoto kyo*, fundada en 1892, era la segunda de estas en número de fieles. Con su sede central en la prefectura de Kyoto, esta secta se formó doctrinalmente alrededor de la pluma de su fundador y del *Reikai monogatari* o "historia del mundo espiritual" de Onisaburo. Predica la transformación y reconstrucción del mundo. De este modo se construirá el "mundo de *Miroku*" o mundo del bodhisatva Maitreya que según la leyenda volvería a nacer 5000 años después de que Buda entrara en el Nirvana. Fue disuelta en 1935, y un año después de la derrota en la II G. M. reapareció con el nombre de *aizen-en* o "jardín de(l dios budista del amor) *Aizen*". Se trata en definitiva de una secta mesiánica inspirada por el fuerte carisma de Onisaburo, de corte claramente

sincretista, donde *kami*, budas, bodhisatvas y dioses del taoísmo o de la astrología del yin-yang se fusionan en una cosmovisión de carácter apocalíptico y por ello proclive a la sedición social.

A nosotros aquí nos interesa, sin embargo, más que el credo doctrinal de la secta, la concepción de lo divino en Ueshiba, y la influencia en tal concepción de *Omoto kyo*. Entre las claves con que contamos, tenemos en primer lugar la experiencia onírica del maestro. En una de sus visiones, se le apareció una hermosa doncella vestida con el arco iris y cabalgando una tortuga celestial. Lo interpretó como una señal de favor divino. Lo interesante del mundo onírico es que nos presenta el fondo espiritual, más allá de las racionalizaciones doctrinales. Así, en el caso de esta visión conectamos de forma directa y espontánea con una de las facetas del mundo de los *kami*. Los *kami* de la mitología se comunican con los hombres usando diversos canales, uno de los cuales son los sueños y las visiones. Además, la tortuga es un vehículo del mundo de los *kami*, tal como aparece en la mitología y las leyendas, como es el caso de *Urashi Mataro*, el cuento del niño de las islas del sur. Además, la figura de la tortuga como señal de augurio entronca con una viejísima tradición japonesa de usar el caparazón de la tortuga para prácticas adivinatorias. Toda esta riqueza simbólica que se nos muestra en la visión de Ueshiba nos presenta una actitud de confianza en la protección divina, en un momento de crisis física en que se encontraba. Esta actitud sencilla y esta idea sobre el mundo divino es un pilar capital en la comprensión de la naturaleza de los *kami* como espíritus tutelares.

En segundo lugar tenemos la comprensión de la práctica del *budo* como camino hacia la manifestación de la divinidad. La experiencia del Aikido es para Ueshiba una práctica de comunión con el fondo último de donde se genera la energía y la vida. En este sentido, en el mundo de los *kami* una cierta experiencia de comunicación y en su caso extremo incluso identificación con la divinidad la encontramos únicamente en el marco ritual del festival religioso. Pero, p. ej. en shinto, la religión de los *kami* por excelencia, no existe, al contrario que en el budismo, una tradición de prácticas conducentes a la iluminación. La relación básica entre hombre y *kami* no se da en la epifanía diáfana en que se nos aparecen los dioses del budismo Mahayana, sino en la profundidad insondable del misterio divino, trascendente al entendimiento y la percepción humana. Nadie ha visto la verdadera figura del *kami*. Sería una visión mortal para quien la tuviera. El fin del camino espiritual no es la iluminación, sino la armonía profunda del corazón humano y divino. El *budo* en su origen, si bien mantiene prácticas ascéticas y purificadoras procedentes del shinto, como camino de perfección espiritual es heredero de la espiritualidad budista.

Otra de las líneas asociadas desde antiguo al mundo de los *kami* es la figura imperial, según la tradición ella misma descendiente de *Amaterasu*, y manifestación de la divinidad (*arahitogami*). La relación del *budo* con la devoción imperial es un aspecto que incorpora desde la difusión de ciertas doctrinas de tipo confuciano que entendían al emperador como padre de la patria y pilar del mundo espiritual, durante la era Edo (1600-1868), incorporadas a la propaganda oficial en la era Meiji (1868-1912). La doctrina del "camino imperial" fue objeto de abuso por parte de la extrema derecha, y sirvió de legitimación a la pretensión excéntrica de que Japón, país de los *kami*, estaba destinado a dirigir al resto del mundo. Si bien Ueshiba entrenó durante una época a militantes de *Omoto kyo* que buscaban prepararse para la revuelta, la postura en sus últimos años de separación de los cargos que le había otorgado el gobierno de ocupación del *Manchukuo* y su práctica reclusión en Iwama y vuelta a la devoción sencilla a los *kami* protectores del Aikido, con la construcción del santuario *Aiki* en Iwama, demuestran que siempre había entendido el *budo* como un camino puramente espiritual, y nunca como una secta de tipo político ni mucho menos militar. Como recoge en su libro Stevens, Ueshiba le dijo en una ocasión a su hijo: "el ejército está dominado por locos sin compasión, ignorantes de la ciencia del estado y de los ideales religiosos, que asesinan ciudadanos inocentes indiscriminadamente y destruyen todo lo que encuentran a su paso. Actúan en total contradicción con la voluntad divina, y con toda seguridad acabarán mal. El verdadero *budo* consiste en hacer crecer la vida y fomentar la paz, el amor y el respeto, no en destruir el mundo con las armas."

Ueshiba entendía su retiro a Iwama en sus últimos años como el cumplimiento de la voluntad divina. En este sentido manifestaba otro de los rasgos capitales del shinto como camino de los *kami*, en la cancelación o armonización de la propia voluntad con la voluntad divina, expresa directamente por un *kami*, o por la voluntad imperial. Los últimos años de su vida los dedicó Ueshiba a la construcción del santuario en honor al gran espíritu del Aiki y donde residen los 42 *kami* tutelares del universo, cada uno de los cuales corresponde a una de las fuerzas cósmicas, como la energía, la luz o el agua. No son dioses de la tradición japonesa. Son más bien dioses incorporados de la astrología taoísta o yin-yang.

Kami y el universo del Aikido

El universo del Aikido que Ueshiba concebía era ecléctico y muy profuso en figuras divinas. En mi opinión podemos analizarlo en tres niveles ontológicos o existenciales. En el fondo último de este universo estaba una unidad indivisible, unión de forma y vacío, correspondiendo a los dos movimientos, centrípeto y centrífugo, masculino y femenino, sístole y diástole del corazón cósmico. Es lo que experimentaba en la práctica de la respiración, vaciamiento completo para volver a llenarse de la energía del cosmos. A esto Ueshiba lo llamaba, siguiendo las enseñanzas de Onisaburo, *chinkon kishin*.

En un segundo nivel de existencia, como expresión de la fecundidad de este cosmos nos aparecen todos los dioses. Desde los ocho millones de *kami* de Japón hasta los dioses de las religiones extranjeras, tolerancia religiosa ésta propia de la tradición del culto a los *kami*, donde caben todos los del shinto más los *hotoke* del budismo, las fuerzas cósmicas del taoísmo, o si me apuran el Dios cristiano, pero eso sí al mismo nivel que los demás *kami*. No en vano en alguna parte de Japón existe un santuario shinto dedicado al *kami* Jesús, que según una leyenda, pasó por Japón. Este holismo representa una apertura mental considerable, aunque no infrecuente en la cultura japonesa. Por otra parte, me parece que hace referencia a la experiencia espiritual del maestro, que percibe al universo como absolutamente lleno de vida, de energía y de seres divinos. En este nivel cabe preguntarse si Ueshiba entendía a los *kami* como personalidades o como fuerzas, o quizá en un sentido intermedio, fuerzas personalizadas. Esto es difícil de argumentar. Tenemos que partir del hecho de que la influencia de cierto budismo y del taoísmo sobre la cultura japonesa ejerció un efecto despersonalizador sobre la concepción original de la naturaleza de los *kami*, que nos aparecen en los textos de la mitología con caracteres muy personalizados, si bien de personalidades inconmensurables para el hombre. El budismo tántrico de Kukai, líder religioso del s. 9, había presentado una teoría sobre los *kami*, el *Ryobu shinto* o "shinto de los dos mundos", el solar o manifiesto y el lunar u oculto. En esta interpretación se le llama *kami* a realidades con nombres abstractos como "gran vacío" o "centro cósmico", etc. De donde la idea de *kami* se despersonaliza para asimilarse a la de "fuerza". Otro momento de despersonalización se produce por la influencia del confucianismo de los s. 18-19. Según los maestros espirituales de este período, *kami* se refiere a realidades morales internas a nuestra vida espiritual. Cuando realizamos en nuestro interior ciertas actitudes estamos en comunión absoluta con el Cielo, fuente de nuestra vida ética y espiritual. La idea de *kami* es una proyección cósmica de nuestra energía interior. Hoy día no pocos occidentales, entre los que se debe incluir a nuestro introductor a la filosofía de Ueshiba, profesor él mismo de budismo J. Stevens, atraídos por el mundo espiritual de los *kami* que subyace a toda la cultura japonesa, hacen esta misma interpretación sin caer en la cuenta de sus antecedentes filosóficos en la historia. En efecto, el clima intelectual del Japón de Ueshiba traía como herencia una tradición despersonalizadora de la concepción de los *kami*. Hasta qué punto Ueshiba compartía esta tendencia generalizada o era sensible a la "fe del carbonero" (en Japón "fe del campesino") que seguía venerando a los *kami* en el santuario local es cuestión discutible.

Quienes apoyen la primera hipótesis pueden alegar las frecuentes disertaciones que Ueshiba dio sobre la relación entre el *kototama* y los *kami* o las fuerzas espirituales. En las prácticas Ueshiba daba numerosas referencias al sentido espiritual de las posturas y los

movimientos, identificando cada uno de ellos con fuerzas cósmicas y con determinados sonidos (*kototama*) que las exteriorizan. Ueshiba acompañaba la práctica caligráfica con la creación de mandalas del Aikido, donde ofrecía mapas espirituales o simbólicos para entrar en la senda que conduce a una práctica viva. En estos mandalas encontramos nombres de *kami* junto con sonidos puros de carácter simbólico, que se refieren a cualidades espirituales como tales.

La tradición de los mandala procede en Japón principalmente del budismo tántrico de la escuela *Shingon* (fundada por Kukai) o de la "Palabra verdadera", que es traducción del sánscrito *mantra*. Un *mantra* es una frase secreta que contiene una verdad oculta. Su relación con el *kotodama* de la tradición japonesa reside en la creencia en el poder mágico de estas frases que producen en la realidad aquello que significan, por su simple lectura. En el s. 8 se creía que otro método de hacer valer los efectos mágicos de los *mantra* importados de la India era el simple almacenamiento de las sutras en que se encontraban fórmulas mágicas largas o *dharani*, que no se traducían al chino ni al japonés. P. ej. el año 764 el ministro de la corte Fujiwara no Nakamaro emprendió una revuelta política. El intento de golpe de estado falló y Nakamaro junto con su familia fueron degollados. De este modo se dio fin a un suceso nacional de máxima envergadura. Como medidas ulteriores la emperatriz Shotoku hizo construir un millón de torrecitas votivas de madera en las que introdujo sutras *dharani* y las distribuyó en 10 templos de primer ranking. Se creía que introduciendo las sutras en las torrecillas votivas y presentándoselas a los budas protectores del estado desaparecerían las revueltas, y se podría pacificar el espíritu de los rebeldes y eliminar su resentimiento.

El budismo tántrico de *Shingon*, a través de su teoría del *Ryobu shinto* había ofrecido un esquema para incorporar a todos los *kami* del Japón a una cosmología budista. En este sentido tenía una orientación universalista que indudablemente heredó el budo en su aspecto budista. Ueshiba afirmaba que en su Aikido tienen cabida los ocho millones de dioses del universo. La diferencia entre ambos universalismos es que el de Kukai es filosófico, mientras que el de Ueshiba es místico. En el budismo *Shingon* los *kami* son explicados desde la filosofía del budismo esotérico. En el Aikido de Ueshiba encontramos una aproximación más directa, no explicativa, sino intuitiva. Los mandalas son herencia directa del budismo esotérico, y las interpretaciones del significado de los dioses protectores del Aikido como de los dioses del Japón ancestral son cercanas a la filosofía esotérica, pero la práctica religiosa o espiritual me parece que pertenece a un nivel más simple, más intuitivo y directo. En el panteón del Aikido hay, en última instancia, dos tipos de *kami*: los procedentes de la mitología japonesa y los procedentes de la incorporación de deidades del hinduismo, taoísmo, y otras fuentes en su versión *kami*, a través del budismo antiguo y medieval.

Entre los segundos se encuentran el *kami* tutelar del Aikido *Ame no murakumo kuki samuhara ryuo*. La parte final del nombre designa a un *kami* de origen budista. Es un rey de familia de dragones, divinidad tutelar de la ley budista. En el esoterismo budista es además una deidad de la lluvia. En la secta de esoterismo *Tendai* (s. 9) son reconocidos los ocho *kami* dragones tutelares de la ley, que aparecen en la Sutra del Loto. En un mandala aparece un retrato de Ueshiba, y sobre su cabeza el nombre de dos *kami*: *Haya take musu okami* y *Ame no murakumo kuki samuhara ryuo*. Sobre el primero no hay referencia en la mitología shinto, pero el nombre indica la fusión de algunas ideas centrales en esta cosmogonía, como *musu* que designa la fertilidad o el poder generativo de vida. Respecto al segundo, Ueshiba declaró ser el vehículo del *kami*, que tomó posesión de su alma según le había anunciado el *kami* de la mitología shinto *Saruta hiko* en una aparición el día 14 de diciembre de 1940. *Saruta* es nada menos que el *kami* que escortó a *Ninigi no mikoto*, *kami* éste bisabuelo del primer emperador, en su descenso a la tierra de Japón.

En otro mandala escrito por Ueshiba en que se nos presenta la cosmología del Aikido, las cinco vocales del japonés, coincidentes con las del castellano, más la sílaba *su* aparecen rodeadas por un círculo. Stevens, al presentar este mandala nos explica su conexión con la teoría del *kototama*. Según ésta cada sonido del *kototama* representa a uno de los *kami* que

encontramos en el comienzo de la mitología del *Kojiki*, texto escrito el año 712, y libro de cabecera del shinto. En la interpretación de tipo esotérico de Ueshiba encontramos cierta distancia en cuanto al rol que juegan estos dioses, respecto a la interpretación común en los estudios de mitología. Pero p. ej. el *kami* central de la creación según la teoría de Ueshiba es *Ame no minakanushi no kami* o "*kami* señor del Centro del cielo". Según Ueshiba el *kototama su* corresponde a este *kami*, y lo interpreta como la pura vibración de la que emanan todos los seres. Es por tanto un dios de la creación. Sin embargo, en la tradición shinto no existe la idea de creación original ni hay ningún *kami* en que se reconozca una referencia última del universo. El shinto es un politeísmo, y no hay *kami* central. *Ame no minakanushi no kami* es un *kami* cuyo rol en la mitología se explica por la influencia del taoísmo en el redactor de la misma. En el otro texto antiguo de mitología, el *Nihon shoki* (720) ni siquiera aparece. La fuerza generadora de vida reside en *kami* con los nombres de *Taka mimusubi* y *Kami musubi*. Según Ueshiba estos *kami* proceden de la fuerza del *kototama* de *Minakanushi*. Según la mitología son fuerzas generadoras independientes. En definitiva, para la mitología la generación no procede del Uno, sino de la colaboración de dos fuerzas originales, sin reducción a la unidad. Esta es quizá la mayor diferencia entre la tradición ancestral japonesa, y el esoterismo shintoísta-budista del budo. Ueshiba no era un teólogo, era un místico, y la experiencia central de gran número de experiencias místicas parece ser la resolución de las diferencias en la Unidad